

-V-

TRASCENDENCIA HISTORICA DE LA DOCTRINA FINLAISTA

Cuando *Finlay* leyó su inmortal trabajo de 1881, Cuba no figuraba entre las naciones independientes, hacía solamente tres años que había concluido una larga y cruenta guerra por su libertad de dos lustros de duración. La burguesía de terratenientes cubanos encabezada por el gran patriota *Carlos M. de Céspedes*, que la había iniciado buscando su liberación de una metrópoli que le cerraba el paso al progreso industrial de su agricultura y la llenaba de gravosos impuestos, había quedado totalmente diezmada y empobrecida.

/ Si bien es cierto que en el período entre guerras de 1879 a 1895, que es cuando se produce la presentación del trabajo, hay un indiscutible progreso de las ciencias médicas en el país, no lo es menos tampoco, que la creciente intranquilidad política de la Isla, que ha hecho llamar a esta etapa de su historia, de "paz turbulenta", impidió el normal intercambio científico con los países de Europa, y que éstos pudieran conocer toda nuestra producción en las distintas ramas de la ciencia.

No obstante ello, que los trabajos de *Finlay* no pasaron del todo inadvertidos, lo demuestra el que un tratadista de la calidad del - doctor *L. J. Béranger-Féraud*, la más alta autoridad europea en fiebre amarilla de su época, en su clásico libro "Teoría-y clínica de la fiebre amarilla",. París 1890, en el capítulo dedicado al origen de la enfermedad, describa la teoría de la alcalinidad de la atmósfera, que *Finlay* había enunciado al iniciar sus investigaciones, antes de 1880, y exponga extensamente su teoría sobre la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito; así como que en el capítulo consagrado a la naturaleza de la afección hable nuevamente sobre esta última teoría y de los estudios del cubano'sobre el microrga-

nismo que creía haber descubierto como agente causal en unión de *Claudio Delgado*.¹⁶

Sin embargo, cuando la última comisión americana realizó su comprobación, las circunstancias políticas del país ya eran otras.4- La revolución organizada por *José Martí*, tras algo más de tres años de dura guerra, en que por la parte cubana se había enarbolado la táctica de la “tea incendiaria” y por la española la cruel reconcentración campesina en las poblaciones, había agotado los recursos económicos y militares de la nación ibérica, y el león de Castilla se aprestaba a soltar su presa de cuatro siglos. Se produce entonces la interesada y habilidosa intervención norteamericana, que como bien observara *Lenin*, saturados interiormente sus mercados comenzaba hacia la otra América el desborde de sus capitales y estrenaba en Cuba su primera guerra verdaderamente imperialista, fundamentada en razones puramente económicas.

El surgimiento de la nacionalidad cubana quedaba, pues, frustrado al ser neocolonizado el país por el naciente imperio económico. Es en ese momento que se produce, mandada por el cirujano general del ejército de los Estados Unidos y contando con todo el apoyo del gobierno interventor, la segunda comprobación de la “doctrina finlaista” por la Cuarta Comisión Americana para el Estudio de la Fiebre Amarilla. El mundo científico fijó entonces, asombrado, su atención en nuestra isla, el trópico comenzaba a ser saneado brillante y rápidamente de la forma urbana de la fiebre amarilla y se iniciaba también la larga y polémica evaluación del descubrimiento de *Finlay*.

* El cirujano general del ejército norteamericano, doctor *George M. Sternberg*, quien conocía de los trabajos de *Finlay* desde 1879 y con quien había mantenido desde entonces el más estrecho intercambio científico, prefirió manchar su brillante historia de precursor de la bacteriología en América, al prestarse al más indecoroso fraude llevado a cabo en toda la historia de las ciencias en el nuevo continente. Para servir los intereses en general del naciente imperialismo y, en particular, de la *Rockefeller Foundation*, con una bien dirigida y mantenida campaña de divulgación, él que lo sabía mejor que nadie, presentó ante el mundo como genio a quien no era más que un oportunista, deshonesto y mediocre científico. Pero es que a los Estados Unidos en aquel preciso instante de su historia convenía sobremanera apropiarse del descubrimiento, negando al sabio cubano, pues al deslumbrar al mundo con los beneficios que el aparente desarrollo de su ciencia llevaba a los países del con-

tinente al sur del Río Bravo, encubría su agresiva política expansionista.

Muchísimos científicos honestos de todo el mundo proclamaron su inconformidad ante el despojo, y a lo largo de todo el tiempo hasta nuestros días sus autorizadas opiniones han llevado la luz de su justicia hasta lo más oscuro de la deslealtad de los falsos hombres de ciencia. Así el profesor holandés *George Treille* escribía en 1903 (*Archives Internationales pour L'Histoire de la Medicine et pour la Geographie Médicale, Amsterdam*), "la idea directriz, la idea básica, antes y superior a todas las investigaciones subsiguientes, cualquiera que sea el mérito que le haya sido acordado en la historia a los nombres de otros autores pertenece fuera de dudas, a *Carlos J. Finlay*, que fue el primero en enunciarla y acreditarla".⁸ El doctor *Ronald Floss*, médico inglés que descubrió en 1895 en Scunderabad, India, la transmisión del paludismo por el mosquito, le manifestaba en carta a *Finlay* en 1909: "Hace mucho tiempo que estoy impresionado por su gran labor sobre fiebre amarilla, y durante una visita que hice a Panamá, pude, en mi conversación con otros médicos que lo han conocido a usted, verificar mi impresión sobre el valor de su trabajo. Quisiera, por lo tanto^ someter su nombre al Comité del Premio Nobel de Medicina para el año 1905 y espero que usted me permita hacerlo".⁵ *Sir Patrick Manson*, en carta también al sabio cubano en 1909 se permitió una ironía sobre la comisión americana, al decir: "Muchos hombres traen los ladrillos para la fabricación de una casa y no sé por qué a los hombres que cargan los ladrillos de la cornisa, debe dársele todo el crédito".^{5!!!} profesor *Juan Guiteras*, de reconocido prestigio internacional como tropicalista escribiría, en su introducción a los "Trabajos Selectos" de *Finlay*, 1912: "el doctor *Finlay* demostró perfectamente la verdad de su doctrina Si no logró convencernos, culpa nuestra fue, y no de su genio clarividente". El propio *Henry R. Carter*, tan citado por *Reed*, expondría en 1922 (*Practice of Medicine, in the Tropics Byam and Archivald*. Volumen 2, Capítulo 4): —"El formuló la doctrina de la transmisión del enfermo al sano por un mosquito contaminado al picar al individuo enfermo, y hasta seleccionó la especie de mosquito que podía realizar esta infección. Tampoco fueron sus opiniones meramente adivinanzas o clarividencias como se ha dicho;- se encontraban basadas en un razonamiento epidemiológico relacionado con la biología de una especie particular de mosquito". Un sabio tan parco en el elogio como el profesor alemán *Wilhem H. Hoffmann* dejó escrito en 1940: "Yo no me atrevería a negar un diagnóstico clínico de fiebre amarilla hecho

por *Finlay*. Mucho menos me atrevería a negar la viabilidad de sus ideas. Era —sin duda— la primera autoridad del mundo y el más experto conocedor de la fiebre amarilla”.⁷⁷

Pero no fueron solamente grandes maestros de la medicina tropical quienes afirmaron su gloria, también lo hicieron en sus obras historiadores de la medicina, de la erudición e imparcialidad de: *Fielding H. Garrison* ("Introducción a la historia de la Medicina"); *Arturo Castiglioni* ("Historia de la Medicina"); *William Osler* ("*The evolution of modern medicine*"); *Adalberto Pazzini* ("*Storia della medicina*"); *Ralph H. Major* ("*A History of Medicine*"); *Charles Singer* ("*A short History of Medicine*"); *Germán Somolinos* ("Historia de la Medicina") y acuerdos de los X, XIV y XV congresos internacionales de historia de la medicina, celebrados en Madrid (1935), Roma-Salerno (1954) y Madrid-Alcalá de Henares (1956) presididos respectivamente por figuras tan prestigiosas como los profesores *Gregorio Marañón*, *Adalberto Pazzini* y *Pedro Lain Entralgo*. Por considerarlo de capital importancia, transcribo la opinión del doctor en Ciencias Médicas, *José López Sánchez*, según mi criterio el más acertado de los intérpretes del valor teórico de la doctrina finalista: "La historia de la medicina, ha dicho el notable historiador médico, no registra caso alguno anterior al descubrimiento de *Finlay* en que se planteara tal concepción teórica sobre el contagio de las enfermedades, ni tampoco que se realizara tan cabalmente el proceso metódico de la investigación de una enfermedad. Si el cubano no hubiera hecho más contribución que la de probar que el mosquito era el trasmisor de la fiebre amarilla, bastaría para colmarlo de gratitud y exaltarlo como un sabio, y nadie podría regatearle su derecho a figurar en la historia de la medicina, en el capítulo dedicado a las contribuciones originales en la solución de los problemas de las enfermedades infectocontagiosas. Ya de por sí representaría una gloria justamente alcanzada.

"Esto es lo que se ha dado en llamar la teoría del mosquito, pero la doctrina elaborada por *Finlay*, incluso desde su mismo comienzo, es la teoría del agente trasmisor, el vector de la enfermedad, de ahí que una y otra vez insistamos en que a *Finlay* le corresponde el mérito Innegable de haber creado, por primera vez en la historia médica, una teoría que modificó sustancialmente todo el aparato conceptual del contagio, dejando en pie lo valedero de otras teorías.)

"Los historiadores que se aferran por encontrar precedentes a la doctrina finalista, o que se enfrascan en la búsqueda de las menciones

prioritarias del papel del mosquito en la fiebre amarilla, consumen inútilmente su tiempo, por cuanto el quid del problema —concluye el profesor *López Sánchez*— no es una cuestión práctica, sino teórica".¹⁰⁰

La personalidad científica de *Finlay* está hoy tan arraigada en la cultura universal, que en julio de 1975 la revista "Correo de la UNESCO" órgano de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura dedicó un número extraordinario monográfico a destacar "el importante papel que la microbiología desempeña en el mundo moderna y a los servicios cada vez mayores que los microorganismos, domesticados por los científicos, prestan al hombre", incluyendo un artículo especial sobre "El nuevo mundo de la microbiología" en el que se señala la deuda trascendental que tiene el mundo con seis sabios eminentes: *Antoine van Leewenhock* (1632-1723); *Luis Pasteur* (1822-1895); *Robert Koch*, *Elias Mechnikov* (1845-1916); *Carlos J. Finlay* y *Alexander Fleming* (1881-1955). Y acaba de instituir el pasado año, el mismo organismo rector de la cultura en todo el orbe, un premio bienal para el mejor trabajo realizado en el campo de la microbiología, con el nombre de nuestro inmortal compatriota.

>«Pero no sólo al campo de las ciencias y de la cultura en general se ha circunscrito la trascendencia del aporte del cubano. Desde el momento en que se produjo la usurpación, el descubrimiento científico quedó convertido en factor político que movió en todo momento las fibras más profundas del nacionalismo cubano¹⁰¹. Quizás sólo el fusilamiento de los estudiantes de medicina por los voluntarios españoles de La Habana en 1871 tuviera en este sentido mayor trascendencia en toda nuestra historia. Si éste nos mostró el odio del colonialismo, aquel nos enseñó bien temprano el desprecio del imperialismo a nuestro pueblo. De *Manuel Sanguily* a *Fidel Castro* no hubo ningún verdadero líder político en Cuba que no citara la negación a *Finlay* como una afrenta nacional, y no hubo pluma de científico ni intelectual revolucionario en nuestro país que no defendiera, a pesar del entreguismo de nuestra república mediatizada, la gloria del cubano.

La moderna Academia de Ciencias de Cuba, organismo supremo de las ciencias en nuestra etapa revolucionaria, al publicar las Obras Completas de *Finlay*, recopiladas en seis tomos por el inolvidable historiador de la salud pública cubana, *César Rodríguez Expósito*, y darle con ellas divulgación universal a sus trabajos, además de que le hace justicia al investigador, muestra —en contraste

con aquellos científicos que se prestan a la fabricación de armas biológicas y nucleares, junto al enemigo de los pueblos— a este benefactor de la humanidad, modelo de abnegación, espíritu de sacrificios, firmeza en la investigación, derroche de genialidad, y su descubrimiento, factor incalculable en la nucleación nacional de un pueblo que luchó valiente e incansablemente hasta alcanzar su destino mejor.

